

PRÓLOGO

ENRIQUE LINDE PANIAGUA

*

Este número de la REDUE es nuestro modesto homenaje a la Declaración Universal de Derechos Humanos que en diciembre de 2008 cumple su 60 aniversario desde que fuera proclamada por las Naciones Unidas.

Vivimos los europeos, los occidentales en la era de los derechos fundamentales, iniciada con la Declaración Universal y continuada por toda una serie de declaraciones y textos nacionales e internacionales, en materia de derechos fundamentales que culminaría, por el momento, con la Carta de los Derechos Fundamentales de la Unión Europea que entrará en vigor cuando lo haga el Tratado de Lisboa. Pero, resulta evidente que la lucha por los derechos fundamentales lejos de haber culminado debe continuar. Y esto no sólo porque se aprecien vulneraciones flagrantes de los derechos fundamentales de la primera, segunda y tercera generación, sino por el carácter expansivo de los derechos fundamentales que alcanza ámbitos materiales inconcebibles hace poco más de una década. En este contexto, para el avance y consolidación de los derechos fundamentales, tan necesarias son las organizaciones no gubernamentales (como Amnistía Internacional o la Asociación Pro Derechos Humanos de España) como una acción internacional cada vez más decidida que deben asumir los Estados democráticos y, en especial, la Unión Europea.

**

La Unión Europea atraviesa la crisis más profunda desde que se fundara en 1951. Ni el no de la Asamblea Francesa en 1954 a la Comunidad Europea de la Defensa, ni la crisis de la silla vacía protagonizada por Francia en 1965-1966, ni el fracaso de la Unión Monetaria en 1970, ni el no de Irlanda al Tratado de Niza en 2000, son comparables a la crisis que se inicia con los «noes» francés y holandés a la Constitución Europea en 2005 y que culmina con el no irlandés del pasado junio y la crisis financiera internacional de nuestros días. La negativa del pueblo irlandés es probablemente compartida por muchos otros ciudadanos europeos, aunque nunca sabremos cuántos, porque lo sucedido en Irlanda, lejos de servir como reflexión a los responsables de las instituciones, se convierte para muchos en un argumento para considerar que para construir Europa deben eludirse las consultas directas a los ciudadanos europeos. Por el contrario, creemos que el camino adecuado para llevar a cabo reformas profundas de la Unión es el de contar con la opinión de los ciudadanos europeos. Una Unión de ciudadanos, como decía el Tratado constitucional *no nato*, y no al estilo de los ilustrados deciochescos: una Unión para los ciudadanos sin contar con los ciudadanos.

Todas las deficiencias y errores cometidos en las últimas décadas están pasando factura a la Unión: ampliaciones apresuradas; inexistente profundización en los logros obtenidos; marginación de los ciudadanos en el proceso; excesiva burocratización de las instituciones; ausencia de proyectos ambiciosos; gobernantes incapaces de conducir el proceso constructivo; crecimiento de los nacionalismos excluyentes, etc. La presión que ejercen, de una parte, la mayoría de los nuevos miembros, que quisieran que la Unión fuera para ellos, exclusivamente, un nuevo Plan Marshall y, de otra parte, algunos de los viejos miembros que nunca creyeron en el proyecto europeo como un proyecto político, ha conducido a la Unión a una clamorosa inacción, a sabiendas de que los retos, con el paso del tiempo, no sólo no desaparecen sino que se incrementan.

Como no hay mal que por bien no venga, o así debiera ser, la actual sería una buena ocasión para intentar clarificar las cosas y volver a refundar la Unión. Una Unión que tuviera una clara ambición política, con instrumentos jurídicos, organizativos y financieros que incluyera a los que consideran que para seguir adelante es imprescindible: una moneda común, como el euro; una política exterior común que, no obstante, permitiera que los Estados miembros no perdieran los fuertes lazos que les ligan con otros Estados por razones históricas y culturales; una Europa decidida a afrontar con decisión el calentamiento climático del planeta; una Europa que afrontara con decisión las deficiencias energéticas; una Europa que no diera la espalda al gran problema de la pobreza que sume a gran parte de la humanidad en la indignidad; una Europa que luchara contra el terrorismo global; una Europa que luchara por los derechos humanos; una Europa con una política económica común.

¡Cómo no van a pensar muchos en la necesidad de crear una Europa de varias velocidades cuando Europa está detenida sin velocidad alguna!

Pero no nos equivoquemos como éstos que piensan que nuestros males se reducen a la ausencia de líderes; por el contrario, parecería que los europeos nos hemos olvidado de nuestro pasado y somos incapaces de vislumbrar el futuro que, pese a las grandes zonas de incertidumbre que presenta, se muestra claro en la necesidad de fortalecer las instituciones europeas y de seguir avanzando en la construcción de una Europa política que ahora parece una mera ensoñación.

En el verano de 2008 se han cumplido diez años desde que comenzara nuestra colaboración con la FSAP-CC.OO. A lo largo de estos diez años, con presupuestos discretos, hemos celebrado más de veinticinco jornadas, seminarios y cursos de verano. En éstos han participado más de doscientos profesores, profesionales y expertos y han concurrido a los mismos varios miles de asistentes. Y, lo que no es menos importante, como resultado de dichas jornadas, seminarios y cursos han visto la luz quince números de la REDUE y diez monografías, que suman más de seis mil páginas. Ha sido una relación muy fructífera la que hemos tenido con la FSAP, difícilmente repetible, que probablemente sólo apreciaremos en sus justos términos con el paso del tiempo. Y no quiero dejar pasar la oportunidad para, una vez más, agradecer a María Antonia MONTERO y a su equipo, artífices de estos resultados, su apoyo y estímulo constantes.

Enrique LINDE PANIAGUA
Director de la REDUE